

LA FUENTE DEL SALTO DEL AGUA.

No somos aztecas, no somos españoles; raza bastarda de las dos, tenemos la indolencia de la una, la arrogancia de la otra; pero aun no constituimos una raza propia, distinta de las demás, con cualidades peculiares, buenas o malas. Pueblo de ayer, sin tradiciones, sin grandes recuerdos, nuestra historia de pocos años es la crónica de la inesperienza, de la locura y de la discordia, y falta a nuestros acontecimientos mas notables ese prestigio fascinador de la distancia que dan a los hombres y a las cosas los montones de siglos que se interponen entre las generaciones. A ser contemporáneos de las celebridades griegas o romanas, sonreiríamos con desden al oír hablar de su fama, y no faltarían punzantes epigramas contra la grandeza de un Ciceron, el estoicismo sublime de un Caton, o la heroica castidad de una Lucrecia. . . . tampoco faltarían defensores descarados o encubiertos de un Nerón o de un Calígula. . . . verían en el uno al César-artista cantando en los teatros, en el otro admirarían acaso el principio de la autoridad y del orden. . . . En alas del tiempo viene la justicia, cuando viene. . . . En puntos históricos ya se sabe, como regla de buena crítica, que es menester desconfiar de los testimonios de los contemporáneos.

Si la mucha distancia contribuye en la historia a que los juicios sean desapasionados, tranquilos y exactos, también sirve para embellecer los caracteres, para darles brillante colorido, para hacerlo resaltar en acabado relieve en ese lienzo móvil de los siglos, que aparece a nuestros ojos como una inmensa linterna mágica. . . . Es tan triste mirar las cosas muy de cerca; es tan deformante lo que descubre el microscopio, que llegamos a tener miedo a la verdad, y por consiguiente al análisis, al estudio, al examen, a la observación, como medios de aclararla y también de disipar amadas ilusiones. Al descender por una de esas risueñas colinas a cuyo pie suele levantarse una ciudad, bastan dos o tres cúpulas de mediana altura, bastan las copas de unos cuantos árboles para que la imaginación se figure prodigios de arquitectura, descollando en un nuevo Eden; pero a medida que el viajero se acerca, aparecen los inmundos arrabales, las casas miserables, los edificios raquíticos y defectuosos, las calles tortuosas, y la belleza fué un ensueño no mas. Mas acá y mas allá de esa magnífica bóveda azul del cielo, donde á torrentes nada la luz de mil colores, donde vagan cándidos celajes, donde fulguran estrellas diamantinas, donde se dibuja el iris con matices deslumbrantes; mas acá y mas allá no hay mas que vacío, nada; cuando mucho, vapores impalpables. Mirais á una muger llena de gracia y de hermosura, á uno de esos seres que en distintas regiones han hecho pensar en la existencia del ángel, de la ondina, de la hurf ó de la perf, veis en el rayo de su mirada el destello de la inteligencia, veis en su sonrisa ó en su suspiro la espresión de la ternura, en la púrpura que á veces tiñe sus mejillas, la dulce timidez del pudor. . . . ah! adorada de lejos, adorada en silencio, creed de ella lo mas hermoso, lo mas halagador; pero no os acerqueis, no profaneis la ilusión con el examen, porque el prisma se rompe, el encanto se desvanece, el ídolo es de barro, y no encontráis sino una realidad triste, insípida, dolorosa acaso, que os desgarrará el corazón.

En nuestra historia no puede haber prestigio, no puede haber fascinación. La noche de los tiempos, mas oscurecida por la nublazón de la ignorancia y la preocupación de los conquistadores, envuelve en el misterio el origen de los pobladores del Nuevo-Mundo. En el imperio azteca, admirable como es la civilización á que había llegado, no encontramos nada que satisfaga otro interés que el de la curiosidad. Llega el grande acontecimiento de la conquista, y el ensanche que entonces adquiere el mundo conocido, y la introducción del cristianismo á estas regiones, son hechos en que hay cierta grandiosidad imponente que hacer ver, no la mano del hombre, sino la mano invisible que traza una hasta aquí á los mas grandes imperios, y que por medios incomprensibles para nosotros, transforma completamente las sociedades. Pero esos hechos están oscurecidos por actos de infame barbarie, por los crímenes de una soldadesca desenfundada, y aun por los del feliz aventurero que la capitaneaba, y además, de la apreciación de esos sucesos, se ha apoderado el espíritu de

partido de una manera ciega, insensata, intolerante, que hace imposible toda apreciación verdaderamente histórico-filosófica.

Vencida la raza azteca, sigue el establecimiento de los españoles, pacífico acá, mas allá llevado á cabo por la fuerza de las armas, ó por la conversión del indígena al cristianismo. Sobre esa lucha ó ese trabajo perseverante del conquistador, nos quedan pocos datos, esparcidos aquí y allá en uno que otro informe dado á la corte, en uno que otro manuscrito raro, en una que otra crónica de convento, formada tal vez con candor y buena fé, pero sin crítica ni método.

Una vez establecido en el país el dominio español, hay que estudiar su sistema, su administración, sus instituciones, su política, estudio difícil y también perturbado por el espíritu de partido. Estimar la civilización que nos vino de la península, saber lo que hizo aquí la España para formar una sociedad nueva, aunque sujeta á pupilaje, calificar todos sus actos atendida la época en que ocurrieron, declarar si pudo y debió hacer algo mas, buscar en ese tiempo el germen de nuestras preocupaciones, que sobrenadan todavía como restos de una nave azotada y destruida por la tempestad, estudiar también el origen de ciertas ventajas sociales que nos han salvado aún en medio de la mas espantosa anarquía de una completa disolución; juzgar, en fin, á la dominación ibérica en México, con la calma, la buena fé y la sinceridad con que los antiguos egipcios juzgaban á los muertos antes de concederles honores fúnebres, es una obra digna de la pluma del historiador y del político; pero es una obra que está y aun estará por emprenderse durante mucho tiempo.

Pero durante ese largo periodo de tres centurias, cuyo interés creemos haber indicado, despues de la conspiración del marqués del Valle, escasean los acontecimientos notables y dramáticos que dan lugar á pintorescas y vivas tradiciones, y que se graban en la memoria de un pueblo, sin borrarse jamas. Pueblos que no tienen vida propia no tienen historia; sus acontecimientos son figuras secundarias destinadas á aparecer en último término en otro cuadro. La historia de los vireyes y de los arzobispos, las curiosas etimologías indígenas, las fechas de las fundaciones de los conventos, la noticia de los nuevos nombres dados á las poblaciones, las crónicas de un suceso extraordinario, de un desembarco de piratas, de un incendio, de un tumulto prontamente reprimido, ¿forma todo esto la historia de un pueblo? No, y aunque un eminente escritor haya dicho: felices los pueblos sin historia, no pensó que decía felices los pueblos sin vida, los pueblos autómatas, los pueblos satélites, que si bien están libres de las agitaciones, de las revueltas y de las catástrofes, no adelantan, vegetan, y no toman parte en la grande obra de la civilización humana.

La insurrección es la cuna de México como pueblo libre. En 1810, en una humilde aldea, empieza el libro de su historia propia, en cuya primera página escribió su nombre con su sangre un párroco octogenario. Diez años de lucha, de infortunio, de constancia y de desolación, costó el alumbramiento de un pueblo libre. En el orden moral, como en el físico, no se produce sin esfuerzo, sin trabajo. Para crear suele ser preciso destruir; se reedifica entre ruinas. El diluvio, Babel, Sodoma, Gomorra, Nínive, Babilonia, el Gólgota; hé aquí grandes revoluciones hechas por el mismo Dios, que ha destruido para crear y reformar. . . .

Sigue nuestra vida propia agitada, infeliz y tempestuosa, sin que se extingan, sin embargo, los vislumbres de la esperanza. Pasando de uno á otro extremo, ó buscando en vano un justo medio, así hemos vivido hasta ahora. Para nosotros, hombres de fé y de esperanza, no hay desaliento. El bien vendrá, vendrá, sí, cuando las lecciones del infortunio nos hagan abrir los ojos y veamos avergonzados lo pasado. Sin conocer el error, sin arrepentimiento, no hay regeneración posible. Lo pasado ha sido el dominio de la fuerza y de la discordia; el porvenir será de la idea, del sentimiento, de la virtud. . . .

Si exceptuamos las investigaciones sobre los primeros pobladores de este país ¿qué queda despues de que poder hablar, sin sublevar contra sí el espíritu de partido? Nada.

Y atendido el carácter de las épocas á que vagamente nos hemos refe-

rido, sentado el hecho de que no tenemos historia, ¿es posible que aquí haya grandes monumentos, de esos que despiertan ideas de gloria, memorias grandiosas, y que inspiran cierto culto y cierta veneración? ¿Quién puede contemplar las ruinas del Parthenon ó del Coliseo sin sentirse asaltado por el recuerdo de los días mas bellos de la Atica y del Latium? ¿Hay algo aquí capaz de excitar esas grandiosas contemplaciones? No; en cambio aquí el alma no tiene que detenerse en tal ó cual siglo; las galas, los prodigios de la naturaleza la elevan hasta el cielo; nuestras selvas y nuestros volcanes, nuestros valles y nuestros lagos, nuestras llanuras y nuestras misteriosas cavernas, no son los restos de la ciudad pagana, no son los fragmentos del templo de falsas deidades, son el templo grandioso y sublime del Dios verdadero, el templo, muestra de su poder, el templo sacrosanto que se renueva y se embellece sin cesar.

¡Un pueblo sin monumentos! No nos avergüenza confesarlo. Dejad, pueblos orgullosos de vuestra caducidad, que trascurran los dos mil años que contais de vida, y entonces la América os preguntará vuestra historia, ó acaso os habrá absorbido para daros nueva savia, para regenerar el universo.

Lo que hay aquí que describir vale mas que las masas de piedra. Ahí está el Popocatepetl coronado de nieve; allí las serranías erizadas y salvajes; allí los jardines que halagan á un tiempo la primavera y el otoño en la *Tierra-caliente*; en otra región llanuras inmensas, costas fértiles bañadas por el mar que apenas las acaricia con amor; bosques vírgenes, sabinos y alhucuetes que nacieron el día de la creación. . . . Aquí se estudia la obra de Dios, que es mas grande que la de los hombres.

Tenemos, sí, sublimes catedrales y magníficos palacios; galanos acueductos y hospitales; colegios y prisiones; plazas y fuentes; inscripciones que aun no empolva el tiempo; pero en todo esto, aparte de la descripción artística, no puede haber mas que un débil interés local, tradiciones aisladas, hechos de escasa importancia. Esto no tendrá romanesco atractivo para el extranjero, que sin embargo agradecerá que se le dé á conocer una ciudad hospitalaria. El hijo del país, que sabe mas de Europa que de su casa, tal vez encuentre placer al recorrer estas páginas; pero lo repetimos, sin historia no hay monumentos, sin acontecimientos, no hay nada que guardar en la memoria.

Sirva esto de introducción, y quiera Dios que estas líneas no prevengan de una manera desfavorable al lector. Si así fuese, vea que nombres ménos oscuros, y plumas mas diestras, llenan las páginas siguientes.

Para cumplir con nuestra tarea diremos dos palabras de la fuente del *Salto del Agua*, no para describirla, pues de este trabajo nos escimien la habilidad del dibujante y del litógrafo, que en esta publicación no tienen, como en otras, una parte secundaria, sino para registrar una fecha, para buscar algun dato histórico.

Al terminar el acueducto de Belen por donde viene desde la alberca de Chapultepec el *agua gorda* de esta ciudad, agua de que yo os daría el análisis si fuese químico, pero de la que solo puedo decir que es mas pesada que la delgada, que no se enturbia en tiempo de lluvias y que satisface ménos la sed, al terminar el acueducto sobre el alto arco descansa una fuente de tosca construcción, toda de cantería, algo deteriorada por el tiempo y del estilo original y gracioso á pesar de sus defectos que se llaman *churrigueresco*, especie de romanticismo en la arquitectura, de descuido en el arte, pero en que no falta riqueza ni atrevimiento de imaginación.

¡Ay! debiéramos tomar un tono elegiaco para hablar de esta fuente, que tanto debe saber de historias populares de aguadores, aristocracia del sitio, de muchachas del barrio, que á veces corren la suerte de las sabinas; debiéramos entristecernos porque cuando se publiquen estas líneas, la fuente ya no existirá. . . . Está decretada su ruina, pero de una manera encubierta y falaz; no se le ha dicho "Te vamos á destruir," sino "te vamos á trasladar á otro punto" como si hubiera construcciones parásitas, como si las piedras no se adhirieran á la tierra. Ay! ¡pobre fuente! tan contemplada por el transeunte, tan amada por el vecino, tan cuidada por el aguador, tan buscada por el arriero y por el frutero, ¡pobre fuente! no tendrás nostalgia, porque te trasladarán á pedazos, porque tu traslación es la muerte.

Si este fuera un monumento histórico, destruirlo seria una profanación. Aquí todo se puede renovar.

Esta fuente tiene sobre las otras de la ciudad la ventaja de no estar en el centro, donde no puede haber grupos, ni charlas; está en un arrabal,

tiene al frente una corta plazuela, á un lado hay una presa, cerca se encuentra un mercado animado y bullicioso. El arrabal es la verdadera patria de la gente del pueblo; la fuente del Salto del Agua, es la lonja, es el casino, es la alacena de Latorre, ó la librería de Andrade de la gente del barrio. Allí no se habla de Sebastopol, ni de negocios de agio, ni se comentan las noticias del *Orizava*; pero allá se cuentan los últimos instantes de los ahorcados, se leen las despedidas de éstos, se habla de los precios de los efectos de primera necesidad, se desempeñan comisiones buscando cocineras y recamareras, se oyen quejas contra los *padres del agua fría*, que no dejan ni tiempo para acabar en el mostrador un vaso de pulque, hay curiosas escenas de amor popular, de celos, luchas individuales, y acaso algunas muchachas vivas y bonitas pudieran contar la historia de la sed de agua, de aquella que empieza así:

De la fuente Ines volvía
Y el peso la sofocaba
Del cántaro que llevaba,
Pues quince años no tenía.

Allí está el aguador risueño, vivo, paciente, disponiéndose al trabajo ó descansando de sus fatigas; el cargador brusco y arisco, el rancharo malicioso y desconfiado, la *garbancera* bisbirinda y picaresca, el mendigo á quien todos ofrecen un pedazo de pan, el billetero que ofrece buena suerte como los gitanos, el *mercillero* que vende sus efectos á precios mas altos que en la ciudad, el soldado que á pesar del uniforme, se complace en unirse al pueblo de donde salió, el guarda diurno vigilante y severo, aunque amable y parlanchín. Allí anda el perro sin dueño, que es conocido y amparado de todos, el muchacho que silba desafinando ménos que ciertas notabilidades artísticas buenas piezas de música, al mismo tiempo que salta y hace travesuras, la niña llena de harapos, y medio desnuda, que cuando pierda su inocencia sentirá no solo la necesidad de cubrirse como Eva, sino la de engalanarse y adornarse, y para esto probará la fatal manzana. . . . Poned en movimiento todas estas figuras y tendréis una mina inagotable de estudios de costumbres populares, dignos de la pluma festiva de Fidel.

Si meter nuestra hoz en mies ajena, y sin tener tiempo ni humor para registrar archivos públicos donde el escritor es mal recibido, ni para consultar á sabios avaros de su ciencia, ó que mas bien á fuerza de callar disimulan su ignorancia, sin tener recuerdos que evocar, dirémos para concluir lo poco que sabemos de la Fuente del Salto del Agua.

En primer lugar, sabemos de una manera positiva é indudable, que no sabemos quien fué el arquitecto que la construyó, pues los españoles creían mas interesante mencionar el nombre de la persona reinante que el del artista, y por tanto no se parecían á la Adriana de Cardoville de Eugenio Sue.

Dirémos despues, que se construyó reinando felizmente el gran Carlos III, siendo virey, gobernador, capitán general y presidente de la real audiencia el Bailio de la orden de San Juan Frey D. Antonio María Bucarelli y Ursúa, cuadragésimo sexto virey de la Nueva España, y el mismo que dió su nombre al Paseo Nuevo.

La obra terminó el 20 de Mayo de 1779, siendo juez conservador de propios y rentas D. Miguel Acedo y regidor comisionado D. Antonio de Mier y Terán.

La fuente de que nos ocupamos debe su nombre á la hermosa cascada en miniatura que forma el agua cayendo del tazon de piedra sostenido por un hermoso grupo de tres niños sobre delfines, hácia la pileta en donde la recoge el público.

El trabajo de la obra es bastante curioso; y aunque mutilado, llama aún la atención el gran relieve que se halla en el fronton de la fuente. Este representa las armas de la ciudad de México, tales como se usaban en la época en que fué construido este monumento, pues es de advertirse que desde que Carlos V concedió un escudo á la ciudad hasta fines del siglo XVIII, jamas hubo uniformidad en la manera de representarlas. En los primeros tiempos de la dominación española el águila azteca fué abolida; pero mas tarde volvió á reaparecer, hasta llegar á ser hoy el emblema nacional. El escudo que vemos en la fuente representaba, como se vé todavía, una águila con las alas abiertas y una cruz en el pecho, piadoso correctivo de los recuerdos gentílicos de idolatría que pudiera inspirar el noble animal. Entré las alas del águila están los estandartes españoles y hácia abajo, entre sus garras, los carcaxes y macanas indígenas. Pendiente